

LA CIUDAD EN SAN MATEO

Gonzalo Rendón

I. Menciones de «ciudad» en Mateo

El término ciudad viene del griego *pólis* (desafortunadamente hay versiones de la Biblia, v.gr. «Dios habla hoy» que traducen *pólis* por *pueblo*, lo cual no es correcto, puesto que en griego pueblo se dice *laós*). La palabra *pólis* aparece 161 veces en el Nuevo Testamento, de las cuales 26 corresponden a Mateo. La lectura de las 26 referencias nos muestra 14 menciones en el discurso narrativo (Mt 2,23; 4,5; 8,33.34; 9,1.35; 11,1.20.14,13;21,10.17.18;27,53;28,11) y 12 veces puestas en labios de Jesús (5,14.35; 10,5.11.14.15.23ab; 12,25; 22,7; 23,34; 26,18). Tratemos de analizar ahora cuál es el sentido de *pólis* en ambos campos, en el narrativo y en el discurso directo.

a) En el hilo narrativo: En la sección llamada «evangelios de la infancia» se menciona el lugar donde fueron a habitar los padres del niño una vez que regresan de Egipto: «la *ciudad* que se llama Nazaret» (Mt 2,23). En el contexto de las tentaciones de Jesús, Mateo utiliza la expresión «*Ciudad santa*» para referirse a Jerusalén (4,5); y otro tanto hace en 27,53 en la secuencia narrativa de la Pasión-Resurrección. Sin embargo, el mismo calificativo no lo usa en 21,10 cuando Jesús entra en Jerusalén:

«toda la ciudad se conmovió», ni cuando de nuevo dice que «salió de la *ciudad* a Betania» (21,17) o que «regresó a la *ciudad* por la mañana» (21,18), o cuando dice que «los guardias fuerón a la *ciudad* y dieron aviso a los sumos sacerdotes... (28,11).

Mateo menciona otras poblaciones con el apelativo *pólis* como aquella de la región de Gerasa (8,33.34); Cafarnaúm (4,13?; 9,1), y aquellas poblaciones que no quisieron convertirse pese a la enseñanza y los prodigios realizados en ellas (11,20-21). Los demás usos de *pólis* no nos dan idea de qué ciudad se trata, son versículos redaccionales tales como «Jesús recorre *ciudades* y aldeas» (9,35); «...se fue a predicar a otras *ciudades*...» (11,1); «... lo siguieron a pie desde las *ciudades*» (14,13b).

b) En el discurso directo - en labios de Jesús: apenas concluidas las bienaventuranzas, Jesús se refiere a una ciudad sin nombre, pero tampoco es una ciudad cualquiera: se trata de una *ciudad* asentada sobre un monte, la cual «no puede ser escondida» (5, 14b); habría que entenderla como una ciudad modelo, pues está planteando a sus seguidores(as) la necesidad de ser luz del mundo (v. 14a). En el mismo capítulo cinco Jesús se refiere a Jerusalén,

por la cual no se debe jurar, porque es la *ciudad* del Gran Rey (5, 35).

En el capítulo 10, ubica Mateo el llamado «discurso apostólico» en donde Jesús transmite a sus discípulos el «poder sobre los espíritus inmundos para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia» (10,1); además les da una serie de instrucciones para su actividad misionera: no ir por el camino de los gentiles, ni entrar en las *ciudades* de los Samaritanos (10,5). Tendremos que pensar en la enemistad antítesis entre judíos y samaritanos. Jesús como judío puede ser que todavía no considera «dignos» a los Samaritanos del anuncio del evangelio, pero también puede ser que quiere evitar un rechazo violento a los discípulos.

En la misma línea de prevención contra las ciudades empedradas de la región encontramos las palabras de 10,11 .14. 15.23ab en donde se ve reflejado el conocimiento que tiene Jesús de las distintas poblaciones o donde el evangelio no será bien recibido. De todos modos no hay ningún tipo de instrucción especial para enfrentar el problema de la ciudad. Los evangelizadores se acogen estrictamente al objeto de la misión: expulsar espíritus inmundos sanar toda enfermedad toda dolencia, por un lado, y abandonar cualquier ciudad que los rechace o que no sea «digna» de la actividad evangelizadora.

Vale la pena reseñar los «Ayes» que pronuncia Jesús contra tres ciudades: Betsaida, Corazain y Cafarnaúm (cf. 11,

20-23/Lc 10, 13-15). La razón que induce a Jesús a lanzar esta condena contra las tres ciudades, es que en ellas se había realizado la mayoría de sus milagros, y sin embargo no se habían convertido (cf. vv 20.21.23). El juicio, con todo, es genérico; no hay una condena a la estructura como tal de la ciudad, ni hay huella de una experiencia violenta vivida en alguna de estas ciudades, ni siquiera una petición similar a la que le hacen los garasenos en el sentido de que se alejara de su *ciudad*.

Va a ser, entonces, en Jerusalén en donde encontraremos rastros de la crítica más frontal y abierta de Jesús no tanto a la ciudad, sino a la estructura Judía: después del recibimiento mesiánico otorgado por la gente sencilla (21, 1-10) Jesús se dirige al corazón de la ciudad, al templo, y su primera acción es precisamente expulsar de allí a quienes habían convertido la casa de oración en «guarida de ladrones» (21,12-13).

En este mismo contexto hay varias cosas que se deducen como consecuencia de la purificación del templo o, dicho de otro modo, del cuestionamiento profundo que hace Jesús a los dirigentes de la ciudad: la maldición de la higuera estéril (21, 18-22); la controversia sobre su autoridad (21,23-27) y tres parábolas clave para comprender cuál es la posición de Jesús respecto al judaísmo oficial que vive en la *ciudad santa*: la de los dos hijos (21,28-32), la de los viñadores homicidas (21,33-41) y la del banquete nupcial (22,1-14), las cuales

son la respuesta de Jesús al cuestionamiento que le acaban de hacer los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo respecto a la autoridad (autorización) con que está enseñando en el templo (21, 23-27).

La actividad de Jesús en Jerusalén continúa; una vez que le «ha tapado la boca» a los saduceos que lo cuestionaban (22,34), le escuchamos la exclamación de siete duros «Ayes» contra todos aquellos que han distorsionado la verdadera ley y contra quienes se creen los auténticos salvaguardas del judaísmo (23,13-32), para terminar con el famoso «apóstrofe a Jerusalén» (23,37-39).

De nuevo Jesús no condena la ciudad por ser ciudad como tampoco lo hizo con Corazain, Betsaida y Cafarnaún; cuestiona y desenmascara a quienes dentro de ella se han creado estructuras perniciosas y mantienen engañado al pueblo. Jesús soñó con una ciudad que diera oportunidad a todos, que se responsabilizara de todos, que acogiera a todos como la gallina a sus polluelos, sin embargo la realidad es muy distinta. Los anhelos de Jesús por una ciudad distinta se truncan cuando la ciudad lo rechaza, lo enjuicia y lo condena a muerte. Era más cómodo para los grupos de poder deshacerse de Jesús que acoger su propuesta.

Del examen hecho hasta aquí, sólo podemos ver que es en Jerusalén en donde mucho más abiertamente enfrenta Jesús el problema con sus adversarios.

En ninguna otra parte había encontrado tanta resistencia ni tanto odio. Jesús enseña, pero no plantea la necesidad de reconstruir la ciudad; plantea la necesidad de una vida auténtica tan válida para la ciudad como para el campo.

Hemos examinado las connotaciones que tiene el término *pólis* en el evangelio de San Mateo. Tratemos de examinar ahora los escenarios en que se va desarrollando el ministerio público de Jesús y, al mismo tiempo, los destinatarios propios de sus enseñanzas, en orden a establecer si existe una relación directa entre esas enseñanzas y los escenarios en el que él se mueve. Dicho de otra forma, veremos si en algún momento las enseñanzas de Jesús van dirigidas a cuestionar o a exigir una revisión del escenario en el que está enseñando.

Cifrándonos a la estructura del evangelio de Mateo aceptada por muchos, según la cual toda la obra puede distribuirse en cinco discursos, seguidos cada uno por su correspondiente «sección narrativa», podríamos intentar ubicar el escenario y destinatarios propios de cada discurso.

1. «Discurso de la montaña» (Mt 5,7-7,29)

Según el orden de la narración, Jesús acaba de recibir el bautismo después del cual ha enfrentado la triple tentación del maligno, de las cuales ha salido airoso. Después de ello, regresa a Galilea, a Cafarnaún (4,13), sin embargo no comienza su ministerio propiamente en la

ciudad. Su primera salida es por «la orilla del lago», y es de ese ambiente no propiamente ciudadano de donde llama a los primeros cuatro discípulos (4,18-22).

Pero el siguiente versículo, redaccional, nos informa que «recorría toda Galilea enseñando en sus sinagogas» (v. 23), lo cual nos ubica en ambiente urbano, ya que las sinagogas de todos modos estaban siempre en poblado. La fama de Jesús en este «arranque misionero», atrae gente de todas partes: de Siria (no sabemos de que lugares concretos), de la decápolis, de Jerusalén y toda Judea (sin especificar de cuáles lugares) (vv. 24-25) Ante el gentío proveniente de tantos lugares comienza, pues, Jesús a pronunciar el primero de los cinco discursos que nos presenta Mateo.

El lugar: «subió al monte y se sentó» (5,1). Los tres grandes ejes del discurso: las *bienaventuranzas*, la *justicia mayor* y la *verdadera práctica de la religión*, dejan abierta la posibilidad para convertirse en proyecto personal y comunitario de vida independientemente de dónde se viva o de dónde se proceda. Recuérdese que si los oyentes de este discurso son los ya mencionados al final del capítulo 4, se trata de discípulos y no-discípulos, de judíos y de no-judíos; de habitantes de ciudad y de habitantes del campo, por más que en 5,1b quienes aparecen en primer plano son los discípulos.

El escenario de este primer discurso es, pues, el campo abierto; pero el conteni-

do del discurso no apunta a esta sola realidad. El discípulo tiene que ser *sal y luz* esté donde esté.

De este lugar campestre, Jesús regresa a Cafarnaún (8,5) y lo primero que hace allí es curar al siervo de un centurión. En esta misma escena, Jesús alaba la fe del centurión, un extranjero que vive en la *ciudad* y, si se quiere, participa de la estructura de dominio de la ciudad: «ni siquiera en Israel he encontrado tanta fe» (8, 10). La ciudad, pues, no es condenable porque es ciudad, dentro de ella hay mucho por rescatar.

Antes de ausentarse de Cafarnaún Jesús realiza nuevas curaciones, a la suegra de Pedro (8,14) y otros muchos enfermos que le trajeron al caer la tarde (8,16). Después de una corta gira por la otra orilla del lago, regresa a su *ciudad* (9,1) en donde realiza nuevas curaciones. Hay algo que quiero resaltar de esta nueva visita a Cafarnaún, y es la vocación de Mateo (9,9).

Hasta ahora, los que forman parte de «los doce» que menciona el evangelio en 10,2, habían sido llamados a orillas del lago, pero al parecer procedentes de la ciudad de Cafarnaún, por lo menos allí vive la suegra de Pedro y es probable que esa ciudad fuera su residencia. Aunque algunos arqueólogos ubican el domicilio de estos pescadores en otra pequeña población no tan cercana al lago. De cualquier forma, es significativo el hecho de que Jesús quiera incluir en su grupo a un publicano, a un agente

activo de la corrupción de la ciudad. Con este son ya dos signos muy claros de que Jesús no guarda un recelo especial por la ciudad: primero el elogio que hace del centurión y segundo el que sin ningún prejuicio llame al grupo a Mateo, un cobrador de impuestos, y que luego lo encontramos compartiendo la mesa con él y con los de su clase en su casa (9, 10ss.). ¿No serán estos los signos de todo cuanto es posible rescatar en la ciudad?

2 «El discurso apostólico» (10,1-11,1)

El capítulo 9 termina con la anotación una vez más de que «Jesús recorría ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas y realizando todo tipo de curaciones» (9,35). De nuevo «al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor» (9,36).

Es en este contexto y ante la constatación de que «la mies es mucha y los operarios pocos» (v. 37) que llama a los 12 «para darles poder sobre los espíritus inmundos, para curar toda enfermedad y toda dolencia (10,1) y para enviarlos a predicar que el reino de los cielos está cerca» (10,7).

El escenario donde Jesús se encuentra es impreciso, al parecer se trata del campo abierto. Podría haber sido la cosecha del trigo lista para ser trillada que arranca a Jesús la expresión «la mies es mucha y los obreros pocos» (9,37). Es justo en este contexto en donde envía de ciudad en ciudad teniendo especial cuidado de no ir por «camino de

gentiles ni de entrar en las ciudades de Samaritanos» (10,5). De resto, todo lugar es necesario evangelizar siempre y cuando sea digno de ello.

Con el envío y las correspondientes advertencias para el viaje, hay también una prevención: los discípulos podían ser perseguidos, sin embargo «si en una ciudad los persiguen, huyan a otra» (10,23). No puede excluirse ninguna *ciudad*: «no acabarán de recorrer todas las ciudades de Israel antes que venga el hijo del hombre» (10,23b).

En la «sección narrativa» que sigue al discurso apostólico encontramos un 'juicio» de Jesús a su generación plasmado en la parábola de los niños que juegan en la plaza (11,16-19); pero de inmediato ese juicio aparentemente generalizado a sus contemporáneos se concreta en las tres ciudades que ya mencionamos, Corazain, Betsaida y Cafarnaún (11,2-24).

Una vez proferidos los «Ayes» contra estas ciudades, Jesús se da cuenta que allí tal vez el ambiente es pesado y por lo tanto difícil para que la dimensión de su predicación pueda ser captada en todas sus dimensiones. Por eso tal vez encontramos aquí el ya conocido elogio a los sencillos, que es en primer lugar una alabanza al Padre: «te alabo y te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes y se lo has revelado a pequeños y sencillos...» (11,25). El trasfondo de esta alabanza es, entonces, el mal sabor del rechazo o de la

indiferencia a su ministerio entre los encopetados habitantes de Cafarnaúm y de las otras ciudades.

3. «Discurso parabólico» (13,1-52)

Como podemos ver, Mateo agrupa en el capítulo 13 una serie de parábolas, lo cual denominan los estudiosos «discurso parabólico». Este discurso está precedido por una afirmación muy importante que prácticamente concluye la anterior sección narrativa. En 12,46-50 Jesús ha declarado solemnemente cuál es la esencia del verdadero «parentesco con él»: «todo el que escucha la palabra de Dios y la pone en práctica, ese es mi hermano, mi hermana y mi madre» (v. 50), afirmación que redondea de manera definitiva la expresión de 11,25 «los pequeños» únicos capaces de captar el sentido profundo del plan de Dios, porque Dios se ha complacido en revelárselo a ellos. Allí (en 11,25) esos pequeños no son más que los destinatarios que son capaces de entender el mensaje de Jesús, acá adquieren la categoría de hermanos, hermanas y madre suyos, porque es que además de escuchar y de comprender, esa palabra hay que ponerla en práctica, tal como lo hace él mismo.

Gente de este estilo, sin procedencia definida, pero con una ansiedad inmensa por escucharlo, lo sigue hasta el lago. Sentado en una barca, en el lago, Jesús va explicitando más su mensaje. Los que él ha definido como pequeños y futuros miembros de su familia necesitan saber cómo es posible que desde su pequeñez y sin ninguna influencia en la

sociedad puedan convertirse en «protagonistas» de los tiempos nuevos inaugurados por el reino.

La serie de parábolas del capítulo 13 tomadas del ambiente del campo (el sembrador y la semilla: 13,1-10; el trigo y la cizaña: 13,24-30; la semilla de mostaza: 13,34-32) y de la vida doméstica (la levadura v33), del mismo ambiente del lago (la red: vv 47-50) y una que hace referencia a la actividad citadina (la perla vv 45-46), están todas orientadas a incentivar el inicio de ese tiempo nuevo y distinto del reino que tiene que darse en cualquier ambiente, pero no de cualquier manera: será únicamente en la actitud de pequeñez y con la finalidad de crear y fortalecer la nueva fraternidad en torno a Jesús por medio de la escucha de la Palabra y de la puesta en práctica. La sección narrativa de este discurso, refrenda ampliamente la finalidad de estas enseñanzas del lago.

4. «Discurso eclesiástico» (18,1-35)

Después del discurso parabólico o del lago, Jesús realiza una nueva gira por las ciudades y aldeas de la comarca. Entre otras llega hasta a su patria, en donde deja a todos «maravillados con sus palabras y su autoridad» (13,54), pero también allí siente el rechazo y la poca fe de sus coterráneos al punto que «no realizó allí muchos milagros, a causa de su poca fe» (13,58), regresa a la región del lago, a territorio de Genesaret (14,34); continúa luego a la región de Tiro y Sidón en donde cura a la hija de una cananea (15,21-28), regresa otra vez a la región del lago (15,29), de allí lo

encontramos en la región de Cesarea de Filipo (16,13), para regresar nuevamente a Cáfarnaún (17,24). Apenas llega a esta ciudad, los que cobraban el didracma (impuesto para el templo) increpan a Pedro reclamando el pago del impuesto. Para no ser motivo de escándalo, Jesús pide a su discípulo que pague por ambos según lo que encuentre en el vientre de un pez (17,24-55).

Dos elementos me parece que van a hacer de telón de fondo al discurso llamado eclesiástico. El primero es la constatación por parte de Jesús que los pequeños son los únicos capaces de captar el sentido profundo y final del anuncio del reino (11,25-26) y la posterior ascensión de esos pequeños al rango de hermanos y parientes suyos (12,50), el segundo elemento es el incidente con los cobradores de impuestos, como rasgo fundamental de una de las facetas de la ciudad. Bien hubiera podido Jesús pronunciar un discurso contra aquella ciudad al estilo de Amós o Miqueas. Sin embargo, las cosas toman otro rumbo.

A los dos elementos que hemos señalado, cabe agregarle un tercero no menos significativo. A estas alturas de su ministerio público, Jesús ha anunciado dos veces su pasión (16,21 y 17,22). Ambos anuncios terminan con la perspectiva de la exaltación-glorificación del hijo del Hombre. Tal vez con este trasfondo podamos entender la pregunta conclusiva con la cual se abre este discurso «¿Quién es, *pues*, el mayor en el Reino de los cielos?» (18,1). La respues-

ta de Jesús es categórica. Aquí no hace alusión a los reyes y tiranos de la tierra que se creen dueños y amos del mundo (cf 20,25-26), para establecer una contraposición: «Toma un niño y poniéndolo en medio les dice: les aseguro, si ustedes no cambian y se hacen como niños, no entraran en el Reino de los cielos... quien se haga pequeño como este niño, ése es el mayor en el Reino de los cielos» (18, 2-4).

La constatación de Jesús es la competencia y el afán por sobresalir, por dominar; su propuesta busca establecer una alternativa diferente. La nueva fraternidad que está en formación no puede replicar el mismo modelo en el cual se basan las relaciones del momento, ni de la ciudad, ni del campo. La nueva fraternidad tiene que olvidarse de esos modelos y tenerlos incluso como motivo de pecado y de escándalo en el momento en que se hagan presentes en la nueva comunidad de hermanos y parientes suyos.

Con vistas a erradicar desde el principio cualquier indicio de desviación, sugiere que más bien si un miembro es motivo de ése pecado, sea arrancado y arrojado...! (cf. 18, 5-11). Contrastan, no obstante, esas duras palabras con la parábola de la oveja perdida que es motivo de mayor preocupación que las noventa y nueve que quedan en el redil! (18, 12-14), con el proceso humano y humanizados de la corrección fraterna (18, 15-17), la perseverancia y el valor de la oración en común (18,19-20) y el perdón de las ofensas (18, 21-22) que queda

magistralmente ilustrado con la parábola del mayordomo sin entrañas (18,23-34).

La "sección narrativa" que sigue al discurso eclesástico, ilustra más detalladamente los elementos propios de esta propuesta de nueva fraternidad inaugurada con Jesús. Esos elementos giran siempre en torno a la idea del servicio del peligro de la riqueza, del justo papel que deben desempeñar los miembros de la comunidad, no como amos y señores, sino como servidores, sólo en esa medida la propuesta será siempre novedosa y digna de seguir en cualquier lugar o espacio geográfico.

5. «El discurso escatológico» (24,1-25,46)

El discurso escatológico tiene como escenario la ciudad de Jerusalén. Ello hace que la escenografía que lo enmarca sea muy interesante. En el capítulo 21 Mateo nos da la noticia de la llegada de Jesús a la *ciudad santa* en donde es recibido y ovacionado por los niños y por la gente humilde. No hay un especial recibimiento por parte de la oficialidad, hay más bien una reacción negativa (2,15-16).

Desde su arribo a Jerusalén comienza para Jesús la última etapa de su ministerio público, el cual podría muy bien ser visto como una especie de juicio, pero no abierta y explícitamente contra la ciudad, sino más bien contra sus contemporáneos en general. Primero, realiza la llamada purificación del templo, algo que de entrada provocó el malestar en-

tre la oficialidad judía. Luego hay un signo del que casi nunca nos percatamos: la maldición de la higuera estéril (21,18-22). Es como si con tal gesto Jesús desaprobara definitivamente la estructura religiosa judía completamente adversa a lo que de ella esperó siempre el Padre. Para establecer con claridad la aparición de Jesús frente a la oficialidad judía, ellos mismos lo interrogan a cerca de su autoridad y por ende a cerca de la autorización con que actúa (21,23). Jesús se niega a responder con exactitud la pregunta de sus adversarios (21,27b) y más bien recurre a tres parábolas que dejan entrever el juicio que hace a su generación: la de los dos hijos (21,28-32), la de los viñadores homicidas (21,33-41) que tanto dolió a los sumos sacerdotes y fariseos, al punto que querían echarle mano (vv. 45-46), y la del banquete de bodas (22,1-13).

Si la terna de parábolas con las cuales Jesús enjuicia al Israel oficial deja claro que se debe a una distorsión de la auténtica voluntad del Padre, inmediatamente Jesús establece donde tiene que centrarse efectivamente la vivencia de esa voluntad: en el amor a Dios y al prójimo como los dos ejes en torno a los cuales giran la ley y los profetas (cf. 22,34-40). El descuido de esos dos «motores» de la genuina humanidad han llevado a Israel a perderse a sí mismo y de paso a perder a sus hijos; lo contrario a eso es hipocresía y mala levadura. Quienes han distorsionado la ley son objeto de siete durísimos «Ayes» o maldiciones por parte de Jesús (23,13-32). Por esa clase de gente, Jerusalén

se convirtió en asesina de profetas y dio la espalda a la voluntad del Maestro de acogerla como una gallina acoge a sus polluelos (23,37-38).

Este marco se complementa con la observación que hacen sus discípulos sobre la suntuosidad del templo; Jesús anuncia la suerte final del mismo templo y la tribulación final de la ciudad (24,1-31). Se ha llamado *discurso escatológico* al anuncio de la tribulación final que presenta características de destrucción y arrasamiento. Contra todo lo que podríamos esperar, el vaticinio de la destrucción, desolación y tribulación no se centran exclusivamente en la *ciudad* de Jerusalén.

La única mención exacta ubicada en la ciudad la encontramos en 24,1-2 a propósito de la observación de la suntuosidad del templo y los palacios: «les aseguro que *aquí* no quedará piedra sobre piedra que no sea derribada». Por lo demás, las menciones del fin presentan más bien características cósmicas, pero no como algo definitivo, sino como paso previo al «alumbramiento» (24,8), es decir, como la demarcación entre la era de las expectativas mesiánicas y la era mesiánica propiamente tal.

Más allá del juicio que Jesús ha hecho de su generación no hay entonces, un enjuiciamiento a la ciudad, ni en sus últimas enseñanzas diseña los elementos de la *ciudad ideal*, como lo hacen algunos profetas en el Antiguo Testamento o el Apocalipsis en el Nuevo Testamento. La atención de Jesús se des-

plaza a dimensiones más amplias. Su preocupación es mucho más abarcante, se trata del impacto universal que tiene que generar su propuesta. En torno a esta preocupación, pienso que gira el contenido de las parábolas que inserta Mateo en el mismo marco del discurso escatológico: la higuera (24,32-35), el mayordomo diligente (24,45-55), la de las diez muchachas (25,1-13) y la de los talentos (25,14-30).

Parábolas todas que ilustran la necesidad de mantener siempre viva la esperanza en la atención y la diligencia. Por otro lado, dan una idea de que la venida del hijo del hombre no será como una reacción de revancha o de una iniciativa de venganza por parte de Dios; hay de por medio todo un trabajo que tienen que realizar los creyentes. Esta última idea queda ilustrada con la parábola del juicio final, donde cada cosa hecha o dejada de hacer es o será motivo de juicio (25, 31-46).

Así, pues, queda más o menos ilustrado que Jesús no se detiene a entablar juicios concretos o específicos contra la ciudad o las ciudades por donde pasa. Hay un juicio claro y directo al Israel oficial y obstinado, encuéntrase donde se encuentre, por la distorsión perniciosa del plan del Padre. Como contrapartida, Jesús propone un plan nuevo o si se quiere renovado basado en parámetros completamente genuinos que como dijimos más arriba no se orientan a «competir» con el modelo social establecido, sino mejor a presentarse como alternativa, lo cual tiene que gestarse en cual-

quier tipo de ambiente urbano o campesino.

La ciudad no es mala porque es ciudad ni el campo es bueno porque es el campo. En ambos espacios conviven estructuras dañinas que necesitan ser erradicadas desde una propuesta nueva y distinta. No se trata de una renovación. Se trata de la introyección en la conciencia de un modelo distinto, pero basado en el plan siempre antiguo y siempre nuevo del Padre, el plan de la fraternidad y la oportunidad para todos, en donde los más pequeños tienen si se quiere mayor valor que lo grande y llamativo.

Una última observación que conviene tener en cuenta: dijimos que Jesús no enjuicia directa ni concretamente a la *ciudad* tal como lo hicieron algunos profetas del Antiguo Testamento; sin embargo, la tradición evangélica unánimemente ubica el juicio y condena a muerte de Jesús en la *ciudad santa*, donde queda establecido el grado de abominación al que puede llegar una estructura, en este caso establecida en la ciudad. Si Jesús hubiera vivido en la época medieval, su vida hubiera corrido peligro a manos de los latifundistas, amos y señores del campo!

El problema, entonces, no es la *ciudad* o el campo. La cuestión está en las estructuras injustas que se gestan allí donde hay intereses particularistas de grupos y personas en lo económico, lo político, lo religioso, lo social e ideológico. En términos generales, a eso apun-

ta la propuesta de Jesús; por eso sigue siendo tan válida y tan actual, tan de la ciudad como del campo.

Digamos de otra parte, a propósito del juicio y la condena a Jesús, que dicho evento no forma parte de un plan «pre-concebido» por parte del Padre. No había un libreto cuyo desenlace final tuviera que darse en la ciudad de Jerusalén debiendo ser ejecutado por unos actores que no tenían idea de lo que estaban realizando. No, no. La cuestión es muy distinta. Si volvemos a examinar la parábola de los viñadores homicidas (Mt 21, 33-41) nos daremos cuenta del auténtico plan del Padre. Hasta el último momento el dueño de la viña conserva la esperanza de que las cosas puedan llegar a ser distintas. Aquellas estructuras lideradas por personas concretas, libre y autónomamente deciden la suerte del Justo condenándolo a muerte, como también hubieran podido absolverlo y promover de paso un cambio de actitudes y de estructuras (como lo hicieron los ninivitas en el libro de Jonás). Esa libertad y autonomía en el juicio o juicios (religioso y político) contra Jesús es lo que los hace a ellos verdaderos responsables de la muerte del Inocente; de lo contrario, tendríamos que aceptar que en parte Jesús tenía culpa, pero que el mayor de los culpables de esta muerte sería el mismo Padre, y eso es el más grande absurdo! ¿No es esta en definitiva la «justificación» de la impunidad ante tantos inocentes enjuiciados y condenados a muerte a lo largo de la historia hasta hoy?

II. Ambiente socio-geográfico de la redacción del Evangelio según san Mateo

Hemos hecho un recorrido prácticamente por todo el evangelio de san Mateo intentando examinar los escenarios propios de las enseñanzas de Jesús y, de paso, dar un vistazo a los destinatarios de dichas enseñanzas. De ese recorrido nos queda claro que Jesús se mueve tanto en ciudades y aldeas como por el campo abierto, lugares todos que convierte en escenarios propicios para revelar su mensaje. Comprobamos, además, que no hay en Jesús una intención manifiesta de condenar ninguno de los dos espacios en que se mueve: ni el campo ni la ciudad. En ambos espacios hay «ovejas perdidas» que es necesario rescatar mediante una alternativa de vida nueva que sea posible implementar allí donde hay quien se arriesgue a seguirlo.

Me parece que es provechoso tener en cuenta que unos son los escenarios en los que se mueve Jesús según la narración mateana y otro es el ambiente en el cual el evangelista está redactando su obra. No voy a extenderme demasiado en este punto, sólo daré algunas indicaciones -sobre las cuales la mayoría de los estudiosos de Mateo están prácticamente de acuerdo en lo que tiene que ver con el ambiente en que nace la redacción final del evangelio.

El trasfondo de la redacción del evangelio es evidentemente urbano, aunque no es posible ubicarlo con exactitud en nin-

guna ciudad de Palestina. En efecto, el desarrollo de la obra mateana nos ubica en un contexto urbanístico que tenía ya gran tuerza a la época de la posible redacción del evangelio, algunos hablan de Antioquía de Siria ubicada en la costa oriental del Mediterráneo. Los especialistas nos hacen notar que todo el evangelio transpira una tensión entre Antioquía, ciudad cosmopolita, cuna de la gran cultura helenística y asiento de una muy fuerte y poderosa colonia judía, y Jerusalén, lugar de la ortodoxia y del rigor legal.

Con esto se intenta mostrar un fenómeno nuevo en el desenvolvimiento del Evangelio. Del anuncio directo de Jesús en la tranquilidad del campo y de las pequeñas ciudades y aldeas, nos encontramos ante un fase nueva en donde se hace necesaria la inculturación e inserción del evangelio en un nuevo ambiente, con las limitaciones, pero también con las grandes posibilidades que brinda la ciudad.

Si bien es cierto que la comunidad destinataria de la obra de Mateo reside en Antioquía, conviene notar que dicha ciudad era prácticamente helenista; la lengua oficial era por tanto, el griego, la cultura griega era el elemento aglutinador de gentes muy diversas; es bueno recordar que Antioquía era la capital de la provincia romana de Siria y que era la tercera ciudad después de Roma y Alejandría (al norte de Egipto).

Otras pistas para ubicar el evangelio de Mateo en zona urbana:

- La lengua: el griego como lengua común a todos los habitantes urbanos, mientras que el arameo era la lengua corriente entre los campesinos.
- La iglesia que se refleja en Mateo es amplia, relativamente instalada y con una organización ministerial de predicadores, y sobre todo de maestros.
- Enfrentamiento abierto y directo con el judaísmo farisaico y ruptura con la sinagoga. Referencias a actividades económicas y comerciales propias de una ciudad grande.
- La organización de la comunidad a veces se inclina por el estilo de organización propia de la sociedad (Mt 23,1-7), por lo cual Mateo propone un orden distinto basado en la solidaridad recíproca (23, 8-12).
- El brillo y esplendor de la ciudad, su

actividad comercial y económica estaba atrayendo a muchos miembros de la comunidad, a lo cual hay que sumar el enfriamiento del entusiasmo original. Mateo llama a estar siempre atentos (24, 42-44; 26,41), a no dejarse dominar por el afán de la riqueza (6,19-24) y, en definitiva a mantener viva la radicalidad del estilo de vida de Jesús.

En conclusión, tampoco del ambiente en él que se redacta el evangelio de Mateo es posible deducir que su contenido esté orientado sólo a los habitantes de la ciudad. En ese espacio, los creyentes tienen un proyecto común que es generar alternativas de solidaridad que haga de ellos *luz* del mundo y *sal* de la tierra, imitable tanto por las gentes de la ciudad como del campo.